

correspondía á su persona, á su educación y á su cultura. ¡Cuán en armonía está con el carácter de Nicóbulo, que siempre aparece á nuestros ojos como iluminado por una luz indecisa, la descripción que hace para poner de manifiesto las faltas de su adversario, al cual intenta hacer antipático y odioso, no sólo recordando que el ateniense aborrece al usurero de oficio, sino llamando la atención sobre sus defectos físicos, su andar á grandes pasos, su voz fuerte, y su costumbre de llevar bastón! ¹⁾). El mismo tacto revela el discurso en defensa de Formion, no sólo por la discreción con que se habla de éste, sino principalmente por la cortesía con que en él se trata al demandante Apolodoro ²⁾), cuya conducta y proceder habría sido tarea llana para el orador describir con colores mucho más vivos. Cuanto mejor era la causa que defendía, tanto más fácil era para él proceder con tranquilidad y mesura. Por lo demás, su triunfo en este caso fué completo; en otro discurso posterior en defensa de Apolodoro, y cuyo autor era verosímilmente el mismo interesado, se queja éste de que los jueces no quisieran dejarle pronunciar una sola palabra ³⁾). Dionisio de Halicarnaso, califica de extraordinariamente feliz el discurso *Para Conon* ⁴⁾). En realidad es una oración por extremo hábil. Su franca sinceridad responde perfectamente á la idea que formamos de aquel ciudadano que muy bien podía ser el mismo Conon, de quien se cuenta que acudió á Demóstenes pidiéndole ayuda y refiriéndole que le habían maltratado; y como éste dudara de la verdad de su narración y aquél exclamase: «¿Con qué yo no he sufrido nada de eso, Demóstenes?» replicó el orador, «sí á fe mía; ahora oigo la voz de un hombre que ha sido agraviado y ofendido» ⁵⁾).

Como ejemplo análogo á éstos, puede citarse el discurso del hijo de Tisias *Contra Calicles*, en el cual, bajo una apariencia de rústica sencillez, se advierte no poca astucia y sutileza. Así la cordial exhortación con la cual el padre de Calicles, amigo de

¹⁾ Discurso *Contra Panteneto*, § 52 y ss.

²⁾ Las consideraciones que guardaba á Apolodoro se revelan principalmente en la exhortación que le dirige en el § 52: ὦ βέλτιστε, εἰ οἶόν τε σὲ τοῦτ' εἶπεῖν, οὐ παύσει, καὶ γνώσει τοῦτ', ὅτι πολλῶν χρημάτων τὸ χρηστὸν εἶναι λυσιτέλεστερόν ἐστι.

³⁾ Primer discurso *Contra Estéfano*, § 6.

⁴⁾ *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 13, p. 992.

⁵⁾ Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 11.

Tisias, habría impedido el daño producido por la invasión de las aguas y el que Calicles quisiera luego obligarle á desecar las que de su predio corrían hasta el vecino, como otros análogos pormenores, dan á este breve discurso aquella animación dramática que caracteriza las oraciones de Demóstenes. La superioridad de éstas respecto de las de Ciceron, la ha hecho ya notar Plutarco ¹⁾). Aun más claramente se expresa sobre este punto, un traductor moderno, competente como pocos, de las oraciones civiles de Demóstenes, al declarar que con sólo cambiar algunas palabras, estos discursos podrían ser pronunciados hoy ante nuestros tribunales de justicia, al paso que los de Ciceron no resistirían semejante prueba ²⁾). Del dicho de Dionisio de Halicarnaso, según el cual los discursos de Isócrates y de Lisias, le inspiran más fe que los de Iseo y Demóstenes, no hay para qué hablar ³⁾). No sólo su predilección por Lisias, sino además la tendencia á buscar el origen del método expositivo de Demóstenes en las enseñanzas que había recibido de Iseo, explican su opinión; mientras que, por otra parte, es muy posible que Demóstenes, lo mismo que Iseo, gracias á su profundo conocimiento del derecho y de las leyes, entrase á menudo en un terreno en el que no era tan fácil analizar y comprobar la exactitud de sus pruebas.

Aunque las oraciones civiles de Demóstenes son perfectamente equiparables y aun superiores á todas cuantas de análoga índole nos ha transmitido la antigüedad, son sin duda inferiores á los discursos en que ventilaba altos intereses públicos, ó sus asuntos propios. En realidad, no puede negarse que con la importancia del tema multiplicábanse por modo extraordinario las dotes y los recursos de que Demóstenes disponía. Su derecho á ser considerado como el primer orador político de la antigüedad, es indiscutible desde el momento en que en este terreno no tuvo competidor alguno con quien podamos compararle. Aun hoy en día, la magia de su palabra no deja de producir en nuestro ánimo honda impresión. Lo mismo en juzgar á Demóstenes como esta-

¹⁾ *Comp. Dem. et Ciceron.*, c. 1: Δημοσθένης... ὑπερβαλλόμενος ἐναργεῖα καὶ δεινότητι τοὺς ἐπὶ τῶν ἀγῶνων καὶ τῶν δικῶν συνεξεταζομένους.

²⁾ *Les plaidoyers civils de Démosthène traduit en français avec arguments et notes*, par ROD. DARESTE, Paris, 1873, Introducción, p. III.

³⁾ *De Isaeo*, c. 4, p. 592.

distia, que como maestro en el decir, existe unanimidad completa.

Lo que sobre todo hace verdaderamente admirable la elocuencia de Demóstenes, es la persuasión íntima que se advierte en todos sus discursos. Ciertamente es, sin embargo, que sin gran profundidad de pensamientos y alteza de miras, aquella cualidad no habría podido por sí sola asegurar el éxito á sus oraciones. Esta consideración parece venir á justificar el paralelo, tan á menudo repetido, entre él y Pericles. Lo que Platon elogió en este último, á saber: su riqueza de ideas y sus esfuerzos siempre encaminados á la consecución de determinados altos fines ¹⁾, se encuentra de igual manera en Demóstenes. Como Pericles, jamás Demóstenes aspiró á ejercer con sus discursos una influencia efímera y pasajera: aunque su propósito era ante todo combatir la política de Filipo, no se abandonaba nunca á la ilusión de que el triunfo definitivo pudiera alcanzarse por otro medio que el de un cambio radical en la conducta de los atenienses y la aplicación de las reformas que parecieran más adecuadas para curar por completo las llagas del Estado. Sus miras, por tanto, eran más elevadas: recordando constantemente á sus conciudadanos las proezas de sus predecesores, el glorioso pasado de su patria y la propia seguridad para el porvenir, exhortábalos á reunir todos sus esfuerzos y animábalos á empresas varoniles. Haber logrado esto, por lo menos hasta cierto punto, constituye su mayor triunfo, en realidad tanto más admirable cuanto que, lejos de manchar sus labios con la adulación ó solicitar el favor de las muchedumbres, dirigía de continuo á sus conciudadanos duros cargos y graves censuras. Con tales circunstancias, sus éxitos sólo se explican por el privilegiado talento y superiores dotes que revelaban todos sus discursos, juntamente con la persuasión íntima que despertaron en el pueblo ateniense, de que no aspiraba Demóstenes á otra cosa sino á esclarecer la verdad y á conseguir el bien de Atenas. Ahora bien; el entusiasmo extraordinario con que Demóstenes se consagró á esta tarea, es lo que da al contenido de sus discursos un valor eterno. La mayoría de las ideas en ellos expresadas, no han perdido nada de su verdad; pues no sólo son fruto de una inteligencia privilegiada que marchaba á la ca-

¹⁾ Véase el tomo II, cap. XXI, pág. 321 de la presente obra, y Ciceron, *Orator*, I, 5, § 15.

beza de la cultura de su época, sino que sin excepción se derivan de un convencimiento moral que, sin poseer el carácter ideal del de Platon, responde de lleno á las más rigurosas exigencias que en este terreno pudieran hacerse.

Con estas cualidades reunía Demóstenes un dominio perfecto de la forma, tanto más agradable cuanto menos gala hace de él y menos parece ejercerlo por propia voluntad. Es sobre todo admirable en sus obras, el arte de la composición y la habilidad y maestría extraordinarias con que el orador sabe emplear la riqueza de ideas verdaderamente inagotable de que dispone; en tal manera, que ni á lo que él dice sobre cada cuestión se puede añadir nada importante que haya omitido, ni jamás se extiende en disquisiciones supérfluas y vanas. El fin que persigue nunca Demóstenes lo pierde de vista, y sólo aparenta dejarlo á un lado, cuando estima que es este el mejor medio para conducir más seguramente al auditorio al punto que se propone. Además, en sus arengas, todas las cuales se distinguen por un perfecto y bien calculado encadenamiento de las partes, no se encuentra el más ligero rastro de afectación y artificio, sino que el curso de las ideas es siempre sencillo y natural. El discurso *Por la Corona* es, bajo este punto de vista, el que con razón ha sido en todo tiempo más admirado. Al exordio, que comienza y termina con una invocación á los dioses, sigue inmediatamente la refutación de los cargos hechos por el adversario. Para justificar la proposición presentada por Ctesifon, refiere Demóstenes los afanes de su vida política, interrumpiendo el relato, ya con el examen de la cuestión legal, ya para hacer el retrato de Esquines. No sólo ofrece este plan la ventaja de disimular la flaqueza evidente de las razones aducidas en favor de la legalidad de la propuesta, sino que al mismo tiempo proporciona al orador ocasión de hablar de sí mismo sin temor de cansar al auditorio, desde el momento en que el examen de la conducta de Esquines parece como que le obliga á volver sobre el asunto ya antes tratado, y á recordar acontecimientos tan decisivos como dolorosos para Atenas. Lo mismo en esta hábil mezcla, contraria á la distribución y división generalmente admitidas, de las pruebas y de los hechos, que en la manera cómo vela ó solo incidentalmente trata lo que á todas luces le es poco favorable, muéstrase claro el admirable arte de Demóstenes con todos los recursos de que disponía. Ahora bien: si por esto, ó por que pasa en silencio algunos de los cargos que se le imputaron y contesta

otros con ambigüedades y evasivas, el discurso *Por la Corona* debe ser calificado, como ya se ha hecho ¹⁾, de obra maestra de la sofística, es cosa que sólo podría asegurarse cuando en la contienda entre Demóstenes y Esquines no se hubiese ventilado realmente más que la legalidad de la propuesta de Ctesifon, ó cuando allí donde la pasión política y el odio alimentado por largos años habían llegado á un grado casi inconcebible, se tratara de otra cosa que de servirse de cuantos recursos y ventajas pudieran conseguir los adversarios.

Más aun que las maravillosas cualidades de Demóstenes que hemos examinado, admiraron los antiguos su dicción. Según unos, descansaba ante todo su principal mérito en la frecuencia con que hacía uso de las llamadas figuras de pensamiento ²⁾; al paso que Ciceron duda de si los rayos por aquél fulminados, habrían tenido la misma eficacia cuando no debieran su fuerza al ritmo del discurso ³⁾. Es indudable que tanto aquéllos como éste, referíanse á cualidades que caracterizaban en alto grado la dicción de Demóstenes. En el frecuente empleo que hace de la interrogación, del apóstrofe, de la epéntesis, de la interjección, de la invocación y del asíndeton ⁴⁾, descansa la extraordinaria vivacidad de su estilo, aquello á que los retóricos de la antigüedad denominaban δεινότης, y que determina una diferencia esencial entre él y todos los antiguos oradores, incluso Isócrates. Como con gran razon observa un retórico antiguo ⁵⁾, semejantes figuras de pensamiento, producidas por apasionados afectos del ánimo, no sólo no se encuentran en Antifon, ó las emplea

¹⁾ Véase Spengel, *Demosthenes Verteidigung des Ktesiphon. Ein Beitrag zum Verständnis des Redners.*, en las ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, 1864, página 27 y ss.

²⁾ *Orator*, c. 40, § 136: *Sed sententiarum ornamenta maiora sunt: quibus quia frequentissime Demosthenes utitur, sunt qui putent, idcirco eius eloquentiam maxime esse laudabilem. Et vero nullus fere ab eo locus sine quadam conformatione sententiæ dicitur.*

³⁾ *Op. cit.*, c. 70, § 234: *Quasi vero Trallianus fuerit Demosthenes, cuius non tam vibrarent fulmina illa, nisi numeris contorta ferrentur.* Véase la observación que Quintiliano, *Instit. orat.*, 9, 4, 55, hace al citar estas palabras.

⁴⁾ Focio, *Bibl. cod.*, 265, p. 491 de Bekker: μαρτυρεῖ δὲ καὶ τὰ σχήματα ἔστι γὰρ συνεστραμμένα μετὰ γοργότητος καὶ ποικιλίαν τῷ λόγῳ παρεχόμενα· καὶ γὰρ ἐρωτήσεις προβάλλεται καὶ ὑποστροφάς καὶ τὸ ἀσύνδετον, οἷς μάλιστα Δημοσθένης χαίρει χρώμενος.

⁵⁾ Focio, c. 289, p. 485. Véase además el tomo II, cap. XXXIII, p. 347 de la presente obra.

inconscientemente, sino que son no menos raras en Lisias é Isócrates. No acontece lo mismo á Iseo, cuyos propósitos en este punto son bien fáciles de reconocer: dando mayor animación y viveza al discurso, hacíalo sin duda más adecuado á los fines de la oratoria práctica ¹⁾. Pero este paso dado por él, tenía íntimas conexiones con las tendencias que caracterizaron aquella época: así como el arte plástico se esforzaba en sustituir la rigidez y severidad de las obras de tiempos anteriores, con mayor viveza de expresión, consagrándose con especial amor á reproducir afectos apasionados del ánimo, de la misma suerte, como ya hemos visto, Demóstenes transportó á la tribuna pública la gesticulación patética del actor cómico. Ahora bien: aunque en este punto es difícil determinar qué era lo que Demóstenes tenía que agradecer á su predecesor, no parece imposible que la imitación directa del discurso oral, ensayada tan magistralmente por Platon, ejerciera en él considerable influencia. Sin imitar en realidad ninguno de los modelos ya existentes, parece como que el gran orador se apropió cuanto encontró bueno en cada uno de ellos. De aquí el que ni Ciceron ²⁾ ni Dionisio de Halicarnaso ³⁾, incluyeran su estilo en ninguno de los tres géneros que desde Teofrasto se solían distinguir: sino que antes bien, lo considerasen como un nuevo género que respondía á las necesidades y deficiencias de los otros.

A cimentar esta opinión, está consagrada una gran parte del tratado que aun se conserva de Dionisio de Halicarnaso, *Sobre la sublimidad de la dicción de Demóstenes* (περὶ τῆς λεκτικῆς Δημοσθένους δεινότητος), cuyo complemento, *Sobre la sublimidad de Demóstenes en el modo de tratar los asuntos*, se ha perdido por desgracia ⁴⁾.

¹⁾ Dionisio de Halicarnaso, *De Iseo*, después de citar un extenso fragmento de un discurso de Iseo que se ha perdido, y el cual consta de breves sentencias sin hilación ni enlace, y en parte de preguntas y respuestas, dice, c. 13, p. 608: ταυτὲ μὲν διαλελυμένα, καὶ ἐξ ἐπερωτήσεως, οἷς ὁ μὲν Λυσίας ἥμισυ κέχρηται· Δημοσθένης δὲ, ὁ παρὰ τούτου (Iseo) τὰς ἀφορμὰς λαβὼν, ἀφειδέστερον. Véanse las *Vitae X oratorum*, p. 839 y 840, donde se dice de Iseo: καὶ σχηματίζειν ἤρξατο καὶ τρέπειν ἐπὶ τὸ πολιτικὸν τὴν διάνοιαν, ὃ μάλιστα μεμίμηται· Δημοσθένης.

²⁾ *Orator*, c. 7, § 23: *Hoc* (esto es, Demóstenes) *nec gravior extitit quisquam nec callidior nec temperatior.*

³⁾ *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 8, p. 975: ἐγὼ μὲν τοιαύτην τινὰ δόξαν ὑπὲρ τῆς Δημοσθένους λέξεως ἔχω, καὶ τὸν χαρακτήρα τοῦτον ἀποδίδομι αὐτῷ, τὸν ἐξ ἀπάσης μικτὸν ἰδέας.

⁴⁾ No menos lamentable es la pérdida de dos obras de Cecilio, contemporáneas de Demóstenes.

Sería muy difícil, sin reproducir casi íntegra la extensa obra de Dionisio, citar las observaciones agudas y atinadas que en ella se contienen. Son sobre todo interesantes é instructivos los paralelos con otros escritores, para demostrar en qué puntos la dicción de Demóstenes se asemeja á la de Tucídides, Lisias, Isócrates y Platon, y en qué otros se diferencia de cada una de ellas. Aunque, como ya hemos intentado hacer ver incidentalmente, en algunos puntos ha y que guardar ciertas reservas, debemos asociarnos á la admiración de que por parte de Dionisio era objeto Demóstenes, el cual, con exquisito tacto, supo hallar siempre lo justo sin incurrir nunca en exageraciones.

Muéstrase esto claro sobre todo, en el moderado influjo que en su propio estilo ejercieron el gusto y las nuevas tendencias introducidas por Isócrates. Por lo que hace á los giros y figuras que siguiendo el ejemplo de Gorgias empleó con predilección Isócrates, no se echan en absoluto de menos en Demóstenes; por más que á menudo no puede determinarse si su uso es deliberado ó sólo casual. Es indudable, sin embargo, que cuando Demóstenes los emplea intencionadamente, hácelo como medio para conseguir con más facilidad el fin que se propone. No sin razon decía Esquines, que temía al mal intencionado uso que Demóstenes hacía de la antítesis ¹⁾. Cuán peligrosa podía ser este arma para él, muéstralo bien á las claras el notable paralelo del discurso *Por la Corona* ²⁾. La dureza y acritud con que Demóstenes se compara á sí mismo con su adversario, es sin duda á nuestros ojos más insultante y ofensiva que lo era para la antigüedad, y por sí sola bastaría á justificar la opinión de Plutarco, en cuyo sentir Demóstenes fué hombre de carácter agrio y desconsiderado en la defensa ³⁾. A pesar de esto, es muy de admirar, tanto la hábil cons-

raneo de Dionisio, una de las cuales consistía en un paralelo entre Demóstenes y Ciceron, y la otra en un paralelo entre Demóstenes y Esquines. Véase Plutarco, *Vita Ciceronis*, c. 3, y Ateneo, II, p. 466.

¹⁾ *Or. de fals. legat.*, § 4: ἐφοβήθη μὲν γάρ, καὶ ἔτι καὶ νῦν τεθορύβημαι, μή τινες ὑμῶν ἀγνοήσωσάι με ψυχαγωγῆθέντες τοῖς ἐπιβεβουλευμένοις καὶ κακοῖσι τούτοις (ὁ τουτουί) ἀντιθέτοις. Véase Tiberius, *De figuris*, p. 67 de Spengel.

²⁾ § 265: ἐδίδασκεις γράμματα, ἐγὼ δ' ἐφοίτων' ἐτέλεις, ἐγὼ δ' ἐτελοῦμην' ἐχόμενες, ἐγὼ δ' ἐχορήγουν' ἐγραμματούεες, ἐγὼ δ' ἐδεώρουον' ἐξέπιπτες, ἐγὼ δ' ἐσύριττον' ὑπὲρ τῶν ἐχθρῶν πεπολίτευσαι πάντα, ἐγὼ δὲ ὑπὲρ τῆς πατρίδος.

³⁾ *Vita Demosthenis*, c. 12, dice de él, después de citar el verso 467 del canto 20 de la *Iliada*: οὐ γάρ τοι γλυκὺς ἄνηρ ἦν, οὐ δ' ἀγανόφρων ἀλλ' ἔντονος καὶ βίαιος περὶ τὰς ἀμύνας.

trucción, como la gradación de estas antítesis; aun cuando, por otra parte, hay que reconocer que no es de todo punto infundada la censura de un antiguo crítico, según el cual vése en ellas demasiada afectación, y los giros resultan artificiosos y rebuscados ¹⁾. Análogos notables paralelos se encuentran en gran número, en las oraciones de Demóstenes; por ejemplo, el del discurso *Contra Midias*, encaminado á pintar como extraordinariamente grave la conducta de su adversario ²⁾. Sin embargo, como con razon observa Dionisio de Halicarnaso ³⁾ citando un pasaje de la tercera *Olintica*, en este terreno Demóstenes jamás incurre en exageraciones como las que tan á menudo hallamos en Isócrates.

Por lo que respecta al hiato, aunque en general procura evitarlo, no muestra Demóstenes la delicadeza que vemos en los discípulos de Isócrates, sobre todo en Teopompo ⁴⁾. Determinar con exactitud en qué casos estimaba Demóstenes admisible el hiato y en qué casos no, y dar acerca de ello una regla fija, sería poco menos que imposible. Sobre que es ya aventurado y peligroso querer avanzar en este terreno más de lo que ya hicieron los antiguos, á pesar de todos sus progresos verdaderamente admirables en el arte retórica, no faltan otras razones para considerar de antemano infecundo todo ensayo de esta naturaleza. Aun prescindiendo de la inseguridad de la tradición escrita, sería siempre dudoso hasta qué punto sus discursos orales estaban conformes con los textos que han llegado hasta nosotros. Pero es mucho más importante, la circunstancia de que no podemos contar á Demóstenes entre los oradores que consagraban toda su atención y estudio á la forma. Juzgado desde este punto de vista, han de inspirarnos necesariamente cierto recelo, las tentativas hechas

¹⁾ Demetrio, *De elocutione*, § 250: ἡ δὲ ἀντίθεσις, ἣν ἐπὶ τοῦ Θεοπόμπου ἔφη, (§ 247) οὐδ' ἐν τοῖς Δημοσθένεσις ἤρμοσεν, ἕνθα φησὶν „ἐτέλεις, ἐγὼ δ' ἐτελοῦμην. ἐδίδασκεις, ἐγὼ δ' ἐφοίτων' ἐτριταγωνίστεις, ἐγὼ δὲ ἐδεώρουον' ἐξέπιπτες, ἐγὼ δ' ἐσύριττον' κακοτεχνούντι γὰρ ἔοικε διὰ τὴν ἀνταπόδοσιν, μᾶλλον δὲ παίζοντι, οὐκ ἀγανακτοῦντι. Además de Hermógenes, citan el pasaje de Demóstenes, Harpocracion, Alejandro, *De figuris*, 2, 3, 21, y Tiberio, § 49 y 61.

²⁾ § 73 y 74.

³⁾ *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 21. El pasaje en cuestión de Demóstenes, se halla en la *Olintica* III, § 23 y ss.

⁴⁾ Ciceron, *Orat.*, c. 43, 151: *In ea* (esto es, en el epitafio del Menexeno, de Platon) *est crebra ista vocum concursio, quam magna ex parte ut vitiosam fugit Demosthenes*; Quintiliano, *Instit. orat.*, 9, 4, 36: *At Demosthenes et Cicero modice respexerunt ad hanc partem.*

en la época moderna para descubrir el secreto á que la armonía de su estilo debe su superioridad indiscutible. En todo caso, no puede negarse la posibilidad de un error, desde el momento en que se considera como regla de antemano sentada, el resultado de un análisis detenido. Así como Demóstenes se dejó guiar única y exclusivamente por su exacto conocimiento de la lengua, así también debieron bastarle sus naturales dotes, educadas por el ejercicio, para hallar siempre el justo medio de la armonía en la oratoria, sin necesidad de recurrir á la idea de que inventó una teoría propia de que no tuvieron noticia alguna los retóricos posteriores, no obstante haber sido conocida y seguida por los más antiguos imitadores del gran orador ¹⁾).

Por mucho que sea lo que al fin y al cabo contribuya á realzar el mérito de las obras de Demóstenes, su admirable arte en el modo de tratar los asuntos y su esmero aun en las cosas que parecen insignificantes, es indudable que ni lo uno ni lo otro alcanza apenas á explicar la avasalladora impresión que produce su elocuencia.

En realidad, lo que despierta esta impresión no es el arte, por maravilloso que éste sea, es la fuerza del genio que da vida y aliento á la forma; es el desinterés entusiasta con que un hombre consagra todas sus energías á la consecución de un fin determinado, en circunstancias que apenas pueden imaginarse más favorables.

Sin suscitar aquí la cuestión de si en época distinta y en circunstancias menos penosas para Atenas, Demóstenes habría conseguido alcanzar la extraordinaria gloria de que gozó entre sus contemporáneos, recordaremos que el desarrollo de sus talentos se halla íntimamente relacionado con la grandeza y las dificultades de la misión que se impuso. Mas la misma época de su florecimiento ejerció también bajo otro aspecto, no pequeño influjo en el desarrollo de sus maravillosas facultades: hacía próximamente medio siglo que con tan increíble celo como rápidos resultados, consagrábanse los atenienses al cultivo del dialecto ático, de suerte que no escaseaban modelos para los diversos géneros de la oratoria. Ahora bien; para que esta última llegara al grado más alto que debía alcanzar en la antigüedad, necesitábase

¹⁾ Véase Blass, *op. cit.*, p. 99 y ss., y Fr. Rühl, *Das »rhythmische Gesetz« des Demosthenes*, en el RHEIN. MUSEUM, vol. 34, p. 593 y ss.

sólo un hombre que, como acontecía á Demóstenes, á un talento privilegiado, á un sentido recto, á una gran fuerza de voluntad, á un trabajo intelectual constante, á una aspiración rigurosamente moral, reuniese la necesidad impuesta por las circunstancias de la época, de servirse de la palabra como del único medio para dar á conocer sus opiniones y hacerlas triunfar en la lucha con adversarios no menos hábiles y expertos.